

dadero entusiasmo por la Grecia, ¿habría firmado la sentencia de muerte de Corinto? Un historiador moderno, que toma atrevidamente la defensa de la política romana, se pregunta por qué el Senado mandó la destrucción de Corinto, y no halla otra razón que la baja envidia de los comerciantes de Roma (1). Así, pues, los hombres del dinero son los que siembran de ruinas el África y la Grecia! Hé aquí la censura más sangrienta que se ha dirigido contra el nombre romano.

§ IV. — Resultado de la conquista.

Los vencidos civilizaron á sus bárbaros vencedores :

*Græcia capta ferum victorem cepit, et artes
Intulit agresti Latio.*

Más adelante hablaremos de la resistencia que encontró la civilización griega cuando empezó á penetrar en Roma. La oposición fué en vano, pero aquellos Romanos que estaban animados del antiguo espíritu de su patria, persistieron en desdeñar aquellas ciencias y artes que no habían impedido á la Grecia el ser esclavizada. Mario no aprendió las letras griegas; era ridículo, según él, entregarse á estudios enseñados por esclavos y que no habían hecho mejores á sus señores (2). Aún los Romanos que profesaban la mayor admiración hacia la literatura y la filosofía sentían hacia los Helenos una antipatía que quisiéramos poder calificar de injusta. La ligereza innata y la vanidad erudita (3) son las menores censuras que Cicerón les dirige: los acusa de mala fe, dice que no ven en el juramento más que un pasatiempo (4). Los Griegos decían: prestar su testimonio como se presta un servicio en calidad de reintegro (5). Polibio mismo confiesa que sus compatriotas no tenían

(1) MOMMSEN, t. II, p. 48.

(2) PLUTARCH., *Marius*, c. 2.—SALLUST., *Bell. Jug.*, c. 85.

(3) «*Ingenita levitas et erudita vanitas.*» SAN JERÓNIMO cita estas palabras (*Comment. ad Galat.*, I, 3; *Epist. X*, 3).

(4) CICE., *pro Flacco*, c. 4, 5.

(5) IBID., *ad Quint.*, I, 1, 5.

respeto alguno por la fe del juramento; á la desmoralización helénica opone la moralidad romana: «Aquellos á quienes se confían caudales públicos en Grecia, aún cuando no fuera más que un talento, necesitaban diez inspectores, otros tantos sellos, doble número de testigos, y, sin embargo, no puede conseguirse que guarden la fe: entre los Romanos los que manejan inmensas sumas de dinero en las magistraturas ó las embajadas, guardan la fe, ligados tan sólo por lo sagrado del juramento. Entre los Griegos es raro encontrar alguno que no se haya aprovechado de la fortuna pública y que esté limpio de crímenes de este género: entre los Romanos, por el contrario, es raro que alguno sea convicto de peculado» (1).

Estas confesiones de un grave historiador sobre la desmoralización de sus compatriotas son la justificación providencial de la conquista romana. Un pueblo en el que se extingue el sentido moral no merece ya vivir, por brillante que sea su cultura intelectual. Hé aquí una de las lecciones más severas de la Historia. Los Romanos no se aprovecharon de ella. El cuadro que pinta Polibio de sus costumbres no tardó en ser una sátira de los descendientes de los que habían conquistado la Grecia. Así se reprodujo el mismo juicio de Dios; los señores del mundo perdieron la libertad con la moralidad, esperando que llegase el día en que los Bárbaros destruyesen una sociedad que había caído en podredumbre. Se ha acusado á la Grecia de haber corrompido á los Romanos al mismo tiempo que los civilizó. Ya en Roma, decían los partidarios del pasado, que los que conocían mejor las letras griegas eran también los más corrompidos; sentían la invasión del helenismo y declaraban que un Catón valía más que cien Sócrates. Más de un historiador moderno ha repetido esta acusación. Creemos que es extraordinariamente exagerada.

Antes de achacar la desmoralización romana á los Griegos, sería preciso saber si los Romanos tenían verdadera moralidad en la época de sus relaciones con los Griegos. ¿Cuál es la base de las virtudes morales? La familia. ¿Y qué pensaban del matrimonio los hombres de los buenos tiempos antiguos, los Catones á quienes

(1) POLYB., VI, 56, 13-15.

se quiere colocar por encima del sabio de Aténas? Lo consideraban como un mal necesario. De esto, á huir de él, no hay más que un paso. Los Romanos hubieran caído en la inmoralidad por el celibato, aun cuando no hubiera habido Griegos. Solamente que su corrupción hubiera sido más brutal. No tratamos de negar que la literatura que se dirigía á las masas, el teatro, no haya sido una escuela de corrupción. ¿Pero debe acusarse por ello á la Grecia? No hay obra literaria que deba acomodarse tanto al gusto del público como la comedia: es, pues, probable que cuando el teatro es inmoral los espectadores buscan este detestable alimento. Los Romanos no veían en las representaciones teatrales más que un pasatiempo; les sucedió más de una vez abandonar el espectáculo para ir á entretenerse con acróbatas ó gladiadores. Faltábales por completo el sentimiento del arte. Cuando se cansaron de guerrear quisieron gozar, y los goces que preferían eran los más groseros. Tal es la verdadera causa de la desmoralización romana. Las letras no corrompen al hombre que tiene verdadero culto por el arte. Aun en Roma ejercieron una favorable influencia sobre las inteligencias bien cultivadas. Y en cuanto á las masas, si acabaron por no desear más que el pan y los juegos, ¿hemos también de achacarlo á la Grecia? El contacto de los Romanos y de los Griegos fué un beneficio para el género humano; aun hoy vivimos de la civilización greco-latina. Esas letras que son el pan de vida de nuestra inteligencia, ¿habían de haber sido para Roma un veneno que matase el sentido moral? Necesitaríamos, para creerlo, testimonios más seguros que los lamentos de los hombres del pasado.

§ V. — Roma y el Oriente.

N.º 1. — Consideraciones generales.

La guerra de Roma con la Macedonia llamó la atención de la Europa y del Asia (1). Cuando los reyes vieron al último sucesor

(1) LIV., XLII, 29: «Non urbs tantum Roma, nec terra Italia, sed omnes reges

de Alejandro arrastrado en triunfo, se sintieron sobrecogidos de un inexplicable terror; comprendieron que su reinado había pasado y que no conservarían alguna apariencia de poder más que con el permiso de Roma. Todos ellos se apresuraron á prosternarse ante el Senado. Eumenes y sus dos hermanos enviaron una embajada para cumplimentar á los Romanos. El hijo de Masinissa, encargado por su padre de la misma misión, supo distinguirse entre la multitud de aduladores. Recordó los auxilios que su padre había suministrado durante la guerra en soldados y en trigo: «Pero, añadió, dos cosas le habían admirado: la primera, que el Senado le hubiese pedido por medio de sus embajadores auxilios que tenía derecho á exigir, y la segunda que le hubiese enviado el precio del trigo suministrado. Masinissa no había olvidado que debía su corona al pueblo romano: contento con el usufructo, sabía bien que la propiedad era de los donantes. La justicia exigía, pues, que los Romanos tomasen, sin pedir ni pagar, los productos de un territorio dado por ellos. En cuanto á Masinissa tenía y tendría siempre bastante con lo que le dejasen los Romanos» (1). La sumisión absoluta á la voluntad de Roma que el hijo de Masinissa hizo de palabra, otro rey la manifestó por actos y ofreció uno de los espectáculos más innobles de que la historia hace mención. Prusias se presentó delante de los embajadores romanos con la cabeza afeitada, con el traje, el calzado y el gorro de un liberto: al saludarlos dijo: «Héme aquí, liberto vuestro, sin más deseos que los vuestros.» Este miserable príncipe creyó deber ir á Roma para cumplimentar al Senado y á los generales por la caída de Perseo. Se detuvo en el umbral de la curia y se prosternó llamando á los senadores sus dioses salvadores. Su discurso fué digno de su aspecto; Polibio dice que la vergüenza le impide contarlo. No lo juzgaron así los Romanos; el historiador griego añade que la respuesta del Senado fué tan benigna como degradante había sido la conducta de Prusias (2). El nieto de Masinissa (3), un rey de

civitatesque, quæ in Europa, quæque in Asia erant, converterant animos in curam macedonici ac romani belli.»

(1) LIV., XLV, 13 (traducción de NISARD).

(2) POLYB., XXX, 16.

(3) SALLUST., *Jug.*, c. 14.—Adherbal dijo al Senado: «Senadores, Micipsa, mi